



IGNACIO DE LOYOLA

un mistagogo de la Justicia

Javier Melloni Ribas

1. **Un hombre para una época**
2. **Conducido por los arrabales**
3. **Los rasgos de un camino**
4. **Algunas consideraciones para hoy**
5. **Recapitulando**

«MISTAGOGO»

Pedagogo del «Misterio» de la Justicia

Mistagogo, en la cultura helénica, era aquel que iniciaba, que introducía a los fieles en el Misterio.

Tal vez pueda extrañar que aparezca aquí, junto a Justicia, uno de los conceptos más , 'claros y distintos' de la Modernidad. Sin embargo, apostamos por la relación entre estos dos términos: si desplazamos la aparente claridad de la justicia hacia la atmósfera de lo Desconocido, lo que logramos es llevarla más lejos, abrir sus horizontes y encaminarnos a Allá, hacia donde no sabemos.

Todos somos convocados por la misma llamada del Evangelio: "Buscad el Reino de Dios y su justicia" (Mt 6,33). "Su justicia", dice el Evangelio, una justicia que no poseemos porque es de Dios. Es esa justicia siempre mayor, que rompe nuestros esquemas, nuestras diferencias y separaciones y que nos conduce a la Bondad desbordante de Dios: , 'Sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del Cielo... que hace salir su sol sobre buenos y malos y que manda la lluvia sobre justos e injustos' (Mt 5,45.48). Son palabras de Jesús que llaman a encarnar esta Bondad en cada uno de nosotros y en las estructuras de la sociedad , de forma que el mismo entramado del mundo sea expresión de esta Justicia de Dios.

Para ello debemos dejarnos conducir. Ignacio se dejó guiar fascinado por Jesús: por su conjunción entre ternura y vigor, por su amor que no excluía a nadie (a imagen del Padre), viviendo la radicalidad ardiente de las Bienaventuranzas.

Presentar a Ignacio de Loyola como un mistagogo implica distinguir los dos momentos de todo proceso iniciático: el propio recorrido del mistagogo, su aprendizaje hasta convertirse en maestro, y después, la pedagogía (mistagogía) que ofrece para iniciar a los demás.

Sus pasos trazaron un camino y éste es el que nos disponemos a recorrer, después de que ello empezara hace ahora quinientos años.

1. UN HOMBRE PARA UNA ÉPOCA

Ignacio de Loyola vive en el tránsito entre dos grandes épocas: nace un año antes del descubrimiento de América y muere cuando ya se están prefigurando los estados modernos. Su vida (1491-1556) cubre los años del apogeo del Renacimiento, una eclosión preparada durante la larga fermentación del Medioevo: el paso de la *voluntad de conservación* a la *voluntad de transformación*.

Europa se llena de hombres brillantes que acarician las más ambiciosas Utopías: justamente es Tomás Moro, un personaje prototípico de esta época (1477-1535), quien introduce esta palabra en el patrimonio cultural de Occidente: el sueño de una sociedad ideal en un lugar inexistente (Ou-Topos = No-Lugar). Unos pocos años antes, Maquiavelo (1469- 1527) ya había expuesto sus particulares consejos para quien quisiera gobernar con éxito su estado, y en 1498 moría quemado Girolamo Savonarolla (nacido en 1452) por querer convertir Florencia en la Ciudad de Dios. Lope de Aguirre (1518- 1561), vasco como Ignacio de Loyola, recorrerá toda la selva del Amazonas buscando el río El Dorado para construir una ciudad de oro. Erasmo de Rotterdam (1469-1536) se hacía célebre por su humanismo y por sus críticas agudas a la Iglesia y a la sociedad del momento. Y Lutero (1483 - 1546) fragmentaba la Iglesia apelando a la conciencia personal, otra de las características de la modernidad.

En este bosque de sueños, ambiciones y estrategias con el que se inaugura la Edad Moderna, ¿cuál es la aportación específica de San Ignacio?

No estamos ante ningún hombre de estado, ni ante ningún humanista ocupado en filosofía social -como podía ser un Luis Vives (1492-1540)-, ni ante un denunciador explícito de las injusticias de su tiempo -como Bartolomé de las Casas (1474-1566) que ya había elevado su voz de protesta contra la explotación de los indios en América-. De hecho, el nombre de Ignacio de Loyola casi no figura en los tratados de la historia civil, como no sea de pasada para mencionarlo como el fundador de los jesuitas y como uno de los adalides, un tanto fanatizado, de la Contrarreforma. Parece entonces que hemos errado el tema de este cuaderno.

¿Qué importancia podrá tener el vínculo de San Ignacio con la voluntad de transformación social -de justicia- de su tiempo si parece que su aportación sea irrelevante en la construcción de la sociedad moderna, ya sea en el ámbito del pensamiento como en el de las realizaciones concretas?

Y, por otro lado, si este silencio parece abocarnos al reducido ámbito de lo eclesial, ¿no nos quedará aun la impresión de estar enfatizando un tema que no se tiene por característico de San Ignacio ni de la Compañía de Jesús de los orígenes?

Tras una mirada más profunda

Como parece que la historia civil no encuentra en él datos relevantes, abandonaremos por un momento la tierra de las estadísticas, de la sociología y de la politología, y trataremos de observar con una mirada más profunda para hacernos las mismas preguntas desde otro ángulo y entrar en el *interior* de un hombre.

Porque lo que realmente interesa aquí no es el ámbito de sus realizaciones concretas, sino encontrar la clave con la que Ignacio se vinculó a la inquietud y pasión de su tiempo. Se trata de descubrir su secreto: ahondar en la razón de su aparente silencio y hacer salir a la luz cómo vivió e interpretó él la miseria social de su época y cuál es su específica aportación en el modo de combatirla. Para acabar mostrando cómo esta clave nos remite de nuevo al ámbito estructural (política, economía, sociología).

Nos acercamos a Ignacio para aprender de él. La razón de proponer que nos adentremos en su interior es para poder beber de la misma fuente que alimentó su impulso. Ignacio mismo abrió su intimidad para que pudieran aprender de él sus compañeros: tal es la razón por la que accedíó

a narrar su *Autobiografía*, siendo ya anciano. Pero aún hay más: no es sólo su vida la que nos enseña, sino que él mismo fue elaborando conscientemente un camino para ofrecer a los demás. Por ello, además de ser un testimonio, es un mistagogo.

Disponemos de varios documentos y de un gran epistolario para recoger el mensaje de Ignacio. En primer lugar veremos cómo él fue conducido por Dios hacia el Misterio de su Justicia, y después, cuál es el camino concreto que Ignacio propone a los que también quieran ser iniciados. Para lo primero disponemos de la **Autobiografía** y de su **Diario espiritual**.¹ En cambio, la pedagogía que propone Ignacio la encontramos, sobre todo, en sus **Ejercicios Espirituales, en su Epistolario** (se conservan más de tres mil cartas suyas o inspiradas por él), y en las **Constituciones** de la Compañía de Jesús. Éstas, aunque se dirijan a un grupo particular, son de gran interés para nuestro propósito, ya que con ellas institucionalizaba su particular *modo de proceder*: lo carismático de su vida se transformaba en camino preceptivo para otros.

¹ Desgraciadamente sólo se conservan dos cuadernos de un gran pliegue de papeles que parece ser que él mismo destruyó. Lo que nos queda sólo cubre un año de su vida (de 12 de febrero de 1544 al 27 de febrero del siguiente año, cuando ya ejercía de responsable de una Compañía de Jesús recién fundada). A pesar de su extrema sobriedad, está lleno de brechas que nos adentran en su universo místico.

2. CONDUCIDO POR LOS ARRABALES

Sorprende que San Ignacio, en su **Autobiografía**, se refiera constantemente a sí mismo como *peregrino*.

Por su insistencia descubrimos que con ello está apuntando a algo muy hondo de sí, a una actitud interior que le acompañó no sólo los veinte años que estuvo recorriendo los caminos de Europa, sino también los dieciséis últimos años de su vida, durante los cuales casi no salió de Roma.

1. ¿HACIA DONDE CAMINABA EL “PEREGRINO”?

Nuestro conocimiento de la realidad, y nuestra acción sobre ella, se desarrollan a partir de un ineludible *desde dónde*:

Nuestra pequeñez hace que sólo podamos relacionarnos con el entorno a partir de círculos concéntricos: cada uno de nosotros es como una piedra lanzada al lago de la existencia. A partir de ese *centro* que somos cada uno de nosotros, se expande un área de círculos concéntricos. Lo más cercano a nosotros es lo que más nos afecta y sobre lo que más ejercemos influencia. Para nuestra propia supervivencia, tratamos de conocer y dominar nuestro entorno más inmediato, mientras que los círculos siguientes se van poco a poco difuminando, hasta que llegamos a perder nuestro interés por ellos. De este modo, resulta que lo que está más lejano a nosotros tendemos a desconocerlo -porque no está al alcance de nuestros deseos ni estamos sometidos a su amenaza-, y así nos vamos formando una imagen del mundo a partir del lugar inicial en el que hemos sido “lanzados.” Porque los seres humanos conocemos la realidad por “contagio”.

Pero al igual que cada uno crea en torno a sí una área de influencia, es afectado a su vez por el área de influencia de los demás. Y así, la existencia humana se convierte o en una convivencia o en una lucha por la dominación del espacio que ocupan los otros.

El área de expansión de cada existencia depende del lugar en el que caigamos en el lago: central o periférico. La *voluntad de poder* pugna por alcanzar el centro de las aguas y allí hacer sentir toda su gravedad, de forma que todo el lago quede incorporado a sus ondas expansivas.

En nuestra lucha por la supervivencia pugnamos por apoderarnos del Centro, para lograr la máxima dominación. Tal es la tendencia espontánea de la naturaleza y del ser humano: situarse sobre los núcleos de poder, y desde ellos, poseer el máximo espacio posible, sometiéndolo todo bajo el peso de la propia dominación.

Como contraposición, tenemos las orillas del lago. Su *periferia*, donde las ondas expansivas del *centro* han ido acumulando espuma y desperdicios. Allí se bañan los que habitan en los arrabales.

La mayor parte de la historia de los hombres, tanto personal como colectiva, no es más que el flujo constante de la periferia hacia el centro, y del centro expulsando los residuos hacia la periferia.

San Ignacio, al autodenominarse *peregrino*, hace mención expresa de este continuo desplazamiento del foco de sus aspiraciones. Sin embargo, su movimiento apunta en dirección opuesta a la de la *voluntad de poder*.

El itinerario de su vida permite distinguir dos etapas:

- La primera, que se inicia con un radical desplazamiento sociológico, cubre los veinte primeros años desde su conversión (1521) hasta la fundación de la Compañía (1540).
- La segunda va desde esta fecha hasta su muerte (1556), abarcando un

período semejante (dieciséis años).

a) Entre la masa ingente de los mendigos

A los treinta años de edad, Ignacio cambia el rumbo de su vida: pasa de aspirar a alcanzar la punta de la pirámide de la sociedad medieval -perteneciente a la nobleza vasca, vivió más de diez años en el palacio del contador mayor de Castilla, Juan Velázquez de Cuéllar a sumarse a la masa ingente de mendigos de su época.

Después de abandonar la casa de Loyola, el primer gesto de su conversión consiste en entregar sus vestiduras de gentilhombre a un pobre, en Montserrat. Es sólo el inicio de un largo camino de desprendimiento: el caballero que otrora pugnaba por conquistar el “centro... se ha convertido en un peregrino que no sabe muy bien a dónde va. Su impulso primero es imitar el despojo radical de los santos. En su Autobiografía narra cómo cada vez que se encontraba en una situación que pudiera “ascenderle” se despojaba.

Al salir de Montserrat, camino de Jerusalén, retrasa su paso por Barcelona para no ser conocido por los que formaban parte del séquito del nuevo papa Adriano VI:

“Al amanecer partió para no ser conocido, y no se fue por el camino que iba directo a Barcelona, donde habrían muchos que le conocerían y le honrarían, sino que se desvió a un pueblo que se llamaba Manresa” (*Autobiografía, 18*).

Y allí empezará una costumbre que durará veinte años, hasta que funde la Compañía en Roma: dormir en los hospitales de las poblaciones por las que pasaba. Los hospitales de aquella época no tenían que ver nada con los de ahora: consistían en grandes locales donde se daba cobijo a todo tipo de desheredados (mendigos, peregrinos, personas abandonadas, emigrantes del campo, maleantes,... Hombres, mujeres, ancianos y niños, todos apiñados en el frío del invierno o en el calor pegajoso del verano).

Después de una estancia más larga de lo previsto en Manresa (nueve meses haciendo vida de ermitaño, durante los cuales no se cortó el cabello ni las uñas, buscando con ello el desprecio de los demás para vencer su presunción) decidió partir para Tierra Santa.

Al introducirse de nuevo en la red de las relaciones humanas, algunos descubren su origen social (por sus gestos, por su modo de hablar,...) y se ofrecen para protegerle, sin comprender que con ello le están imantando hacia *arriba*. Pero Ignacio no accede, sino que trata de anclarse como puede en la *intemperie*:

“Se fue a Barcelona para embarcarse. Y aunque le ofrecían compañía, él quiso ir solo, porque quería tener únicamente a Dios como refugio. Y en una ocasión le insistieron tanto en que fuera acompañado para que le ayudaran, ya que no sabía italiano ni latín, que él les respondió que no aceptaría ningún compañero, aunque fuese el hijo o el hermano del mismo duque de Cardona; porque él deseaba tener tres virtudes: amor, fe y esperanza; y que si iba acompañado, cuando tuviese hambre, o cuando se cayese, confiaría en esta compañía, mientras que él quería tener toda su confianza, esperanza y afición sólo en Dios... Y con estos pensamientos tenía deseos de embarcarse, *no solamente solo, sino sin ninguna provisión*” (*Autobiografía, 35*).

Sus amigos respetan su decisión, sin acabar de comprender. Pero surgen nuevas dificultades: el capitán de la nave no le deja embarcar si no lleva su propio aprovisionamiento. De tal forma, que se vio obligado a mendigar para conseguirlo:

“Al fin consiguió la ración y se embarcó; mas viendo que le quedaban cinco o seis monedas de las que le habían dado pidiendo en las puertas (porque de esta manera solía vivir), las dejó en unas gradas junto a la playa” (*Ib., 36*).

[Más adelante, en Venecia] “se mantenía mendigando, y dormía en la plaza de San Marcos. Nunca quiso ir a la casa del embajador del emperador, ni hacía diligencia especial para

buscar con que pudiese *pasar*” (Ib., 42).

Es especialmente significativo lo que le sucedió a la vuelta de Jerusalén, cuando pensaba que quizá debía ponerse a estudiar:

“Estando un día rezando en la catedral de Ferrara, un pobre le pidió limosna, y el le dio un marquete, que es moneda de 5 ó 6 cuartines. Y después de aquél vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al tercero, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían mas que venir y venir, hasta que se le acabó todo lo que tenía. Al fin acudieron muchos pobres juntos a pedir limosna, pero él respondió que le perdonasen, que no tenía nada más” (Ib., 50).

La red de sus relaciones sociales le proporciona unas facilidades que no tienen los demás mendigos. El perdón que pide a sus compañeros de *intemperie*, ¿es por estar entre ellos sin ser del todo como uno de ellos, o es por no poderles favorecer más, habiendo aceptado que no es uno de ellos?

En esta primera etapa tras su conversión, su deseo de abajamiento le lleva a extremos bien originales: no le basta con ir sin dinero, sino que busca la simplificación máxima de las relaciones humanas, aquella que se produce desde el *último lugar*, aunque sea a costa del desprecio y que le aboque a situaciones comprometidas.

En una ocasión, mientras atravesaba un territorio ocupado por las tropas francesas, fue detenido por sospechoso de espionaje. Y el anciano Ignacio nos explica:

“Tenía por costumbre de tratar de vos [nuestro actual «tu»] a cualquier persona que fuese, porque pensaba que así lo habían hecho Jesús y sus discípulos. Yendo detenido, pensó que tal vez sería bueno dejar aquella costumbre en aquel trance, y tratar de «señoría» al capitán que le iba a interrogar, temiendo que le torturaran. Pero cayó en la cuenta de que era una tentación, y se dijo a sí mismo: no le trataré de «señoría», ni le haré ninguna reverencia, ni me quitaré la capucha” (Ib., 52).

El resultado fue que el capitán lo tomó por loco y se lo sacudió de encima. Dos años después, en Alcalá,

“empezó a mendigar y a vivir de limosnas. Y cuando ya llevaba viviendo de esta manera diez o doce días, un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a *reír de él y a insultarle*, como se suele hacer a estos que, estando sanos, mendigan” (Ib., 56).

A estos años le corresponden también detenciones y temporadas en la cárcel por sospechoso de iluminismo y perturbador de la juventud. En Alcalá estuvo encerrado durante cuarenta y dos días, y en Salamanca, veintidós.

Sólo quien haya estado en una cárcel puede saber lo que marca una experiencia de este tipo. Ya no estamos en la base de la pirámide, sino en sus catacumbas.

El *peregrino* que pensaba ir a Tierra Santa y quedarse allí para siempre, fue descubriendo poco a poco que su peregrinación era mas profunda, y que Dios no le dejaba detenerse en ningún lugar, porque su término era Él mismo. De este modo fue conducido e interiorizando el paisaje desolado de la periferia: la mendicidad, el hambre, la incertidumbre de encontrar cobijo cada noche, asaltos en los caminos, abusos en los albergues, tempestades en el mar que por dos veces le amenazaron de muerte, epidemias de peste, territorios ocupados, burlas, insultos, prisión,...

Ignacio ya no podía *descender* más. Fue pasando por cada uno de los ritos iniciáticos de la marginación, y todo ello se fue grabando en su ser, haciéndose carne de su propia carne, sangre de su propia sangre.

Pero a lo largo de todo este recorrido, Ignacio fue experimentando que cuanto mayor era el despojo (tanto sociológico como interior, es decir, la renuncia a su propia voluntad), mayor era también la experiencia de la presencia de Dios: al ser expulsado de Tierra Santa, al ser apaleado en Barcelona, en la soledad de sus largas caminatas, encarcelado, interrogado, burlado, es cuando mas siente la cercanía de Jesús.

De este modo, Ignacio era iniciado en el misterio de la voluntad de Dios: “En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole” (*Autobiografía*, 27).

El inicio de un cambio

Poco a poco Ignacio aprende a discernir la voluntad de Dios para él. Entiende que como simple mendigo, o peregrino, no puede ayudar con eficacia a los demás: no hace más que despertar desconfianza y recelos de las autoridades. Y así iremos asistiendo a un cambio: tres años después de haber iniciado su despojo, comprende que debe ponerse a estudiar. Siendo estudiante en Barcelona, Alcalá, Salamanca y París, mantendrá su obstinación por vivir desprotegido de todo, pero con matices diferentes: cuando la *intemperie* se hace incompatible con los estudios, dejará de vivir al día y dedicará los veranos para recolectar limosna. De este modo no se distraerá durante el curso por tener que estar pendiente de su manutención.

A continuación vienen años de tanteo: se le plantea el reto de ir nutriéndose de cultura sin que ello le prive de tener su única confianza en Dios, desprotegido de cualquier otra seguridad. En París empezará a surgir un grupo de compañeros estable. La primera idea es vivir juntos esta continua experiencia de intemperie y de peregrinaje, poniéndose al servicio de las necesidades que vayan surgiendo a su paso.

Pero Ignacio sigue teniendo una idea fija: actuar en Tierra Santa. Tras un año de esperar infructuosamente en Venecia a que les embarque alguna nave, entienden que deben renunciar también a esta ilusión, que Dios no los quiere ligados a ningún lugar.

De este modo asistimos a la segunda etapa de su conversión:

b) La presencia de la Periferia en el Centro

El *peregrino* sigue buscando infatigablemente un punto de referencia: las circunstancias que él ha ido aprendiendo a interpretar como signos de la voluntad de Dios le llevan a instalar en Roma el centro de sus operaciones. Aparentemente asistimos a un *desdoblamiento*:

- *Exteriormente*, parece que se haya producido el retorno de la Periferia al Centro en aquellos momentos, Roma es uno de los focos de poder indiscutibles-,
- pero, ¿qué sigue sucediendo en el *interior* de Ignacio?

La clave para comprender su recorrido está en descubrir cómo se sitúa en el Centro del Poder: concibe la fundación de la Compañía como una *incrustación de la matriz de la Periferia en el Centro*. Cuando en las *Constituciones* exhorta a que “amen la pobreza como madre” (n. 287), se está refiriendo a esta presencia de la intemperie en el cobijo de las estructuras. San Ignacio conoce la fecundidad de la pobreza y por ello insiste repetidamente en ella:

“Y porque hemos experimentado que aquella vida es más feliz, más pura y más apta para la edificación del prójimo, que más se aparta de todo contagio de avaricia y se asemeja más a la pobreza evangélica; y porque sabemos que nuestro Señor Jesucristo proveerá de las cosas necesarias para el sustento y vestido de sus siervos que no buscan más que el reino de Dios. hagan todos y cada uno voto de perpetua pobreza” (*Fórmula del Instituto*, 4).

Es decir, para que la Compañía, ella misma, no acabe diluyéndose en la estructura del Centro (Poder) en la que se halla incorporada, debe estar fundada en la intemperie, de tal modo que:

“ni los profesos, en particular o en común, ni ninguna casa o iglesia de los mismos puedan adquirir ningún derecho civil para tener entradas, rentas o posesiones o bienes algunos estables, fuera de los que serán oportunos para su uso propio y habitación, contentándose por

lo que por *caridad* les será dado para el uso necesario de la vida” (Ib., 4). Tal vez no acabemos de hacernos cargo de la importancia de este compromiso. Ignacio acababa de fundar una orden religiosa. Tras mil quinientos años de experiencia, la Iglesia había aprendido a organizarse. Él no podía empezar de cero: conocía las dificultades que tuvo San Francisco. Las instituciones no son lo mismo que las personas: Ignacio y sus primeros compañeros podían vivir al día, como “las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni acumulan en graneros” (Mt 6,26), pero ahora era diferente: se trataba de consolidar una institución que necesitaba de medios para llevar a cabo sus proyectos. Las rentas para las casas e iglesias de la Compañía parecían necesarias para partir de una base económica firme, y poder así concentrar las mejores energías al servicio de los demás. ¿Quién dudaría hoy de disponer de un capital social para asegurar la estabilidad económica de cualquier institución? Cuatro años más tarde, Ignacio tendrá que enfrentarse de nuevo con este riesgo, para ver si debe plasmarlo o no en las **Constituciones**, la legislación definitiva de la Orden.

En la perenne intemperie de lo provisional

Este es precisamente el tema que ocupa el primer cuaderno de su **Diario Espiritual**, los cuarenta días que van desde 2 de febrero al 12 de marzo de 1544: Su preocupación consiste en si no estará imponiendo a la Compañía una carga demasiado difícil de soportar. Y por ello pide ávidamente una confirmación de Dios. Esa avidez es la que le traicionará: exige a Dios que le dé la *seguridad* de que la Compañía debe vivir en la *inseguridad*. Durante cuarenta días asistimos a las sutilidades del discernimiento espiritual de un hombre que sólo busca hacer la voluntad de Dios. El 5 de marzo escribe:

“Estando en una oración muy suave y tranquila, me parecía que era conducido hacia la santísima Trinidad, pero luego me pareció que también era llevado hacia otro lugar, como si fuera hacia el Padre, de modo que sentía como si Dios quisiera comunicarse conmigo en diversas partes. Era tan fuerte este sentir, que empecé a decir: *Señor, ¿a dónde me queréis llevar?*, y así estuve durante un largo rato preguntádoselo insistentemente, pareciéndome que era guiado por El. Creció entonces tanto el fervor, que empecé a derramar lágrimas. Al terminar la oración seguía llorando de fervor, y *me ofrecía a Dios para que me siguiese guiando y llevando como lo estaba haciendo*. Y me preguntaba a mí mismo que *a dónde me llevaría*” (*Diario Espiritual*, 113).

Este texto nos desvela la intensidad de la vida espiritual de San Ignacio: él sigue en constante búsqueda, y a la vez, *se siente conducido*. De aquí que al final de su vida continuara considerándose un *peregrino*. En la exterioridad, Ignacio ha plantado su proyecto en Roma, el eje del mundo cristiano, pero ha traspasado su peregrinaje interior a la vida de la Compañía, fundándola en “la dinámica de lo provisional”.

Aquí empieza a emerger el Ignacio mistagogo: dispone que todos los candidatos deberán pasar por las mismas pruebas que él vivió durante veinte años: mes de Ejercicios, mes de hospitales, mes de peregrinación, mes de servicios humildes. De este modo cada jesuita tendrá grabado en su interior el *itinerario de la periferia*. Cada uno de los miembros de la nueva “matriz eclesial” habrá padecido el descentramiento de sí mismo, y conocerá *por experiencia* la *otra* visión del mundo: aquella que se contempla desde abajo.

Por esto Ignacio en una de sus cartas recomendará a los estudiantes de Padua la amistad con los pobres (7 de agosto de 1547): para participar de su mirada del mundo y contagiarse de su veracidad. Ignacio ha pasado muchas horas junto a ellos, conoce el murmullo de los arrabales, y en muchas ocasiones habrá quedado sorprendido por la agudeza de sus comentarios, por la libertad de sus apreciaciones, por la generosidad de aquellos que, acostumbrados a no tener nada, fácilmente comparten con todos cuando tienen algo.

Porque conoce por *experiencia* los beneficios de estar despojado de todo, constantemente exhortará a la Compañía a aquel *amar la pobreza como madre*, hasta el punto de instituir un

voto especial para los profesos:

“Todos los que profesen en esta Compañía prometan que no alterarán para nada lo que respecta a la pobreza en las Constituciones, como no fuera para radicalizarla más, según les pueda inspirar el Señor” (*Constituciones*, 553).

San Ignacio tenía otra forma entrañable de expresar lo mismo. Cuentan sus íntimos colaboradores que cuando hablaba de la Compañía se refería a ella como “la *mínima* Compañía”: brotaba constantemente de sí su deseo de ocupar el último lugar, ese Lugar misterioso, inalcanzable, que constantemente le descentraba de sí, y que le disponía a dejarse guiar.ç

2. EL SECRETO DEL PEREGRINO

Pero, ¿cuál es la clave, cual es el secreto de este continuo desplazamiento? Hasta ahora solo hemos descrito un movimiento (que tiene una doble dimensión: sociológica-exterior y espiritual-interior), pero su Fuente, su Impulso Originario, no hemos hecho más que insinuarlo: la fascinación de Ignacio por el seguimiento de Jesús, pobre y humilde.

Ignacio, desde su conversión en Loyola, se ha ido dejando seducir por Jesús, y ha ido siguiendo sus pasos: primero este seguimiento le condujo literalmente tras su rastro, peregrinando a Tierra Santa. Pero ya hemos ido viendo como Dios iba conduciéndole a una peregrinación mas profunda, que implicaba la transformación de su ser, gestada en los arrabales de la sociedad, junto a los últimos. En la iglesia de la Storta, a las puertas de Roma, en los umbrales del “centro”, recibe la confirmación por parte de Dios de que su ser esta transformado y que ya está preparado para servirle plenamente: siente como el Padre le presenta al Hijo, y como Este, llevando la cruz a cuestas, le dice: “Quiero que tu nos sirvas”.

Como general de la nueva Orden buscará uno a uno los puntos clave de su época, y enviará a sus compañeros a aquellos frentes donde se está fraguando la Historia:

- .A evangelizar a las nuevas tierras que Occidente está empezando a trastornar (tanto a las recién “descubiertas” Américas como a África, a la India, a China y Japón)
- .A los países agitados por la reforma de Lutero
- .A las sesiones del Concilio de Trento que la Iglesia Católica convoca para reformarse a sí misma
- .A los gobernantes y príncipes de las naciones, para hacer de confesores o de consejeros
- .A aquellos conventos y monasterios, que conviniera despertar de su letargo mediante los Ejercicios Espirituales
- .Con Ignacio asistimos a la creación de los colegios, una de las instituciones *modernas* por excelencia. Surgen por la determinación de Ignacio de dar a los jóvenes jesuitas una formación amplia y recia. Ya durante su vida estos colegios se abrieron *gratis* a los seglares.

Pero todo esto nos desorientaría si olvidáramos el *secreto del peregrino*: él continuaba viviendo pobre, empequeñeciéndose junto a Jesús en sus largas horas de oración diarias, en una pequeña habitación de una casa vieja de Roma. En medio de entrevistas con el papa, con cardenales, con nobles de diferentes ciudades, hacía otras cosas:

- Fundaba la casa de Santa Marta para acoger a las prostitutas de Roma que quisieran cambiar de vida (1543). Durante cinco años la animó él personalmente, hasta que consolidada la obra, la dejó en otras manos. Durante este tiempo se le vio alguna vez por la calle acompañando a alguna de estas mujeres.
- También se interesó por sus hijas, que tenían el peligro de acabar como sus madres, y para ello fundó otra institución.
- Los judíos eran uno de los grupos más marginados de aquella sociedad. Ignacio, a riesgo de

ser muy mal visto, fomentó el catecumenado para los procedentes del judaísmo.

-También colaboró en la creación de casas para huérfanos: muchos niños deambulaban por las calles de Roma, sobrevivientes de la guerra, de la peste y del hambre.

Sin embargo, la aportación fundamental de Ignacio apunta en otra dirección, en aquella que la historia civil no acaba de descubrir: en el modo cómo iba interrelacionado los diferentes niveles de la realidad (el silencio de la oración, la percepción de las necesidades contemporáneas más importantes, la observación de la continua transformación que se opera en el interior de la persona, tanto a través de su oración como de su acción). Una **mistagogía** que fue desplegando a lo largo de su vida para conducir la voluntad de los hombres a la transformación del mundo. a partir del sumergimiento en Jesús. revelador de la Justicia de Dios.

Encerrado en su habitación, pasaba muchas horas trabajando en las *Constituciones* de la Compañía, que más que ser un documento legislativo, es un compendio de criterios de discernimiento para la acción. También dedicaba un tiempo importante a escribir múltiples cartas, que siendo de gobierno, a la vez son verdaderos tratados de consejo y de dirección espiritual. Y se reservaba momentos para pulir y enriquecer un librito que había ido elaborando durante todos sus años de peregrinaje: los *Ejercicios Espirituales*. En 1536, confesaba en una carta que los *Ejercicios* eran “todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, tanto para el provecho personal como para poder ayudar profunda y eficazmente a los demás”.

Tanto es así que, siendo general de la orden, no tenía inconveniente en dejar sus múltiples ocupaciones para dar los Ejercicios de mes a personas cuya acción podría ser multiplicadora. Estaba convencido de que la transformación interior de las personas era el medio más eficaz para incidir en la realidad.

3. LOS RASGOS DE UN CAMINO

Hasta ahora hemos seguido los pasos de Ignacio: hemos visto cómo iba siendo guiado y cómo él iba aprendiendo de esta enseñanza. Su carácter introspectivo le ayudó a caer en la cuenta de los múltiples pliegues de su peregrinación interior: la acción sobre el mundo es impulsada por muchos deseos del corazón que deben ser purificados, hasta alcanzar la más fina percepción de la voluntad de Dios. En ello radica su mistagogía de la justicia: en *ajustar las* condiciones internas y externas para participar cada vez más plenamente en el actuar de Dios.

La propuesta de Ignacio está fundamentada en dos ejes, fruto de su propia experiencia:

- El seguimiento de Jesús pobre y humilde, como modo y modelo de la transformación interior.
- La transformación interior como paso previo y continuo que desemboca en la acción, en la transformación del mundo.

1. EL SEGUIMIENTO DE JESÚS POBRE Y HUMILDE

El conocimiento de Jesús despertó en Ignacio un amor irresistible que le condujo a la **imitación y al seguimiento**, para llevarle al final al **servicio**. Su aprendizaje le hizo descubrir que este *servicio* tenía un irrenunciable *desde dónde*:

- Aquel Lugar ocupado por Jesús que está continuamente desplazándose hacia lo más bajo para que ningún hombre, para que ninguna situación humana, quede fuera del *Movimiento de Retorno de todo hacia Dios*.
- Cuando Jesús dice: “Atraeré todo hacia Mí” (Jn 12,32) se está refiriendo a su muerte en Cruz: el mundo puede ser rescatado porque El ha venido a impulsarlo desde el Lugar más bajo.

Aquí tenemos realmente el *secreto del peregrino*: su búsqueda incansable del Último Lugar estaba impulsada por el deseo de encontrar a Aquél que lo ocupaba: Cristo Jesús, Alfa y Omega de todos los hombres, Primero y Último en todas las situaciones humanas posibles.

En Jesús se da el máximo desplazamiento de todo Centro posible: la Encarnación del Hijo lleva este movimiento hasta el extremo del Abajamiento, que no sólo es la Encarnación, sino la vida concreta de Jesús, que le abocó a la muerte y una muerte de Cruz, en los arrabales de la ciudad.

La vida cristiana no consiste en otra cosa para Ignacio que en incorporarse a este *modo de proceder de Jesús*, y la vida espiritual no tiene para él otro fin que engrandecer al máximo esta *participación*:

“Es mucho de advertir en cuánto grado ayuda y aprovecha en la vida espiritual... admitir y desear con todas las fuerzas posibles **cuanto Cristo ha amado y abrazado...** por desear **parecerse e imitar** en alguna manera a nuestro Criador y Señor, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió Él para nuestro mayor provecho espiritual” (*Constituciones, 101*).

Es decir, la vida espiritual ignaciana consiste en el desplazamiento interior del hombre para que su *impulso de dominación* se transforme en Amor, que es *el modo de hacer de Dios desde Abajo*.

San Ignacio conocía la condición humana, y sabía las diferentes resistencias que tenemos los seres humanos para *dejarnos descender* y cambiar nuestro impulso natural, que es el de *ascender* hacia la cúspide del poder (cualquiera

que sea su ámbito: familiar, comunitario, escolar, eclesial, político, sindical, económico...). Y para ello aplicó la misma pedagogía que Dios había practicado con él: la de **dejarse seducir y transformar**.

El hombre esta sometido a dos impulsos fundamentales: *Eros*, que es pulsión de vida, y *Thanatos*, que es pulsión de muerte.

La *mistagogía* de Ignacio consiste en invertir las direcciones:

- Si la reacción espontanea del hombre es considerar el movimiento de ascenso hacia el poder como una conquista de la pulsión de vida, y el descenso hacia la base como una maldición de Thanatos, él tratará de mostrar precisamente lo contrario, con el Evangelio en la mano.

Pero no lo hace a golpes de mazo, sino invitando a conocer personalmente, dejando que “el mismo Creador y Señor se comuniquen con cada persona, *abrazándola* en su amor y alabanza, y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle en adelante” (EE,15).

De aquí que los Ejercicios Espirituales no consistan en otra cosa que en dejarse seducir, cautivar, enamorar por Jesús y por su modo de **actuar desde Abajo**. Son una pedagogía para atraer la pulsión de Eros y convertirla en *Ágape*, es decir, en servicio.

El ejercitante recorre la vida de Jesús, pidiendo desde el principio ser incorporado en el interior de este movimiento de amor. Tal es la petición de la Segunda Semana: “pedir conocimiento interno del Señor, que por mi se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (EE,104).

Y así se va empapando de cada uno de los pasajes de la vida de Jesús, dejándose atraer por el *ágape* de Dios que da vida a los demás y descubriendo las estrategias de Eros del mundo que tratan de interponerse.

Se le ofrecen todos los medios para consolidarle en este nuevo amor, para se deje conducir por El y le siga hasta sus últimas consecuencias. Por ello se dedica toda una Semana a la contemplación de la Pasión: para experimentar el dolor del Abajamiento y, a la vez, conocer la Vida Transformada que brota de su Interior

Hay un momento de los Ejercicios en el que Ignacio propone tres grados de amor, Los dos primeros son bastante sensatos. Pero el tercero es una auténtica locura si uno ha perdido el hilo de sus pasos:

- “El tercero es humildad perfectísima: por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, desprecios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo” (EE, 167).

El *eros* de aquél que se haya ido dejando cautivar por el *modo de hacer de Dios* ya no se rebela, sino al contrario: se siente cada vez más atraído por este curioso impulso de Vida que llega hasta la raíz de toda forma de muerte.

En su *Diario espiritual* encontramos de un modo privilegiado la expresión de este *Eros* de Ignacio transformado por Jesús: estando todavía en plenas dudas de si la Compañía debe tener rentas o no, escribía:

- “Viniéndome Jesús al pensamiento, sentía un *moverme* a seguirle,pareciéndome internamente que si era El la cabeza de la Compañía, éste era el mejor argumento para ir en **absoluta pobreza**, más que todas las otras razones humanas... y este pensamiento me movía a devoción y lágrimas, y a una firmeza tal, que era bastante para poder resistir en tiempo de tentaciones o de tribulación” (23 de febrero de 1544, 66).

- (Y un poco más adelante:) “Con tanta intensidad se me imprimía el **nombre de Jesús**, y me veía de tal manera confirmado en adelante en esta decisión, que me venía un nuevo impulso de lágrimas y de sollozos” (el mismo día, 68).

El mero *nombre* de Jesús ya rendía a Ignacio: era su pasión por El lo que le liberaba de sus miedos, lo que le dejaba a la intemperie pero tan lleno de “fuerza”, de “firmeza”, de “intensidad” de Amor que le hacía explotar en lagrimas y sollozos.

Tal es la fuente y el impulso de los que quieren seguir su camino. Este es el punto de partida de su *mistagogía*, v el origen de un actuar transformado.

2) LA TRANSFORMACIÓN INTERIOR

a) Ante una alternativa

La confrontación de la propia vida ante la vida de Jesús conduce a una alternativa ante dos formas de vivir:

- Una tiene apariencia de vida, pero en verdad conduce a la muerte, propia y ajena.
- En cambio, la que tiene apariencia de muerte, conduce a la vida, propia y del mundo. Y lo sabemos porque ésta es la que ha elegido Dios para darnos “vida y vida en abundancia” (Jn 10,10).

San Ignacio desglosa tres momentos en ambas alternativas (*EE, 142 y 146*):

En la dinámica de ascenso hacia el **poder**,

- el primer peldaño es la posesión de riquezas;
- el segundo es la vanidad, la autocomplacencia;
- y el tercero, la soberbia, es decir, la posesión de las personas.

En el movimiento descendente del **servicio**,

- el primer paso es la pobreza (tanto exterior como interior);
- después, el deseo de ser despreciado e ignorado por los demás,
- y así se alcanza la humildad plena.

Volvamos a aquella primera imagen de los círculos concéntricos. En el primer paso de la *voluntad de poder*, el hombre trata de ocupar el Centro a base de acaparar todo lo que puede. De esta forma cree que asciende como persona, pero lo único que consigue es deformarse: abulta su “personalidad social” pero a costa de ir sepultando su vida y su libertad interior. El resultado final es que se ha convertido en un ser incapaz de amar, porque ya no sabe relacionarse con las personas -ni con las cosas sin *poseerlas*. Ha engrandecido tanto su propio *centro*, que todo lo que toca se convierte en él mismo. Está condenado a la soledad de su propia autosuficiencia: tal es la maldición del amo, el desespero del Rey Midas, para el cual todo se convertía en oro: las personas que más quería se transformaban en objetos, y acababa muriéndose de hambre, porque ni tan sólo comer podía.

Tal es la falacia de la primera espiral. El arte de la *mistagogía* ignaciana consiste en desenmascararla.

Veamos ahora las consecuencias del otro modo de vivir. Empieza hablando de dos tipos de pobreza:

En primer lugar menciona la “pobreza espiritual”, es decir, la humildad interior, la renuncia a constituirse en el centro de las personas y de las cosas. Y después añade: “y si Dios fuese servido y los quisiese elegir, no menos a la pobreza actual” (*EE, 146*), es decir, a la pobreza material y sociológica. Es importante este matiz de “si los quisiese elegir”: vivir en pobreza es un don, una elección del mismo Dios, que viene a refinar la humildad interior al participar de la vida de los últimos. El deseo de insultos (siguiente paso) aparece para consolidar esta actitud, para liberar a la persona de todos los temores del “qué dirán”, de todas las cadenas y de las apariencias de la sociedad”.

Y de este modo se alcanza la libertad plena (“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”, *Jn 8,32*), que es la humildad perfecta, un espacio de liberación para los demás. En la saturación de las relaciones humanas, en la extrema tensión de la lucha por el poder de unos contra otros, aparece un espacio de silencio, lleno de aquella *ternura y vigor* del actuar silente de Dios: “Te bendigo, Padre, porque no has revelado estas cosas a los sabios y poderosos, sino a los pobres y sencillos” (*Mt 11,25*).

La alternativa no es fácil, porque el punto de partida no es neutral: la corriente del mundo

arrastra hacia la primera espiral. Por esto es tan esencial en Ignacio el arraigamiento en Cristo: para dejarse transformar continuamente por El y poder seguir estando en el mundo, pero sin ser del mundo.

La transformación del mundo se desprende como un fruto maduro de la transformación interior. Cuánto más integral sea ésta, más eficaz y lúcida será aquélla. La mistagogía ignaciana destaca tres rasgos, que son signos, de esta vida transformada.

b) Los signos de la transformación

Había algo que llamaba la atención a los que conocían a Ignacio: su alegría. No es la imagen que nos ha llegado hasta hoy, pero los testimonios que conservamos coinciden en lo mismo: en que los que le conocían por primera vez quedaban prendados por su mirada alegre y serena. San Ignacio tenía una palabra especial para referirse a ella:

1. La consolación

Hemos visto que en los momentos más rasantes de su abajamiento, aparecía **esta consolación**. Era el signo de la presencia de Dios, la confirmación interior de que estaba haciendo la voluntad de Dios.

Esto le llevó a la convicción de que el verdadero abajamiento iba acompañado siempre de esta alegría “honda”. Hemos mencionado también que cuando San Ignacio exhortaba a la pobreza en que debe vivir el jesuita, decía: “porque hemos experimentado que aquella vida es más **feliz**, más **pura**”. Y dirigiéndose a los estudiantes de Padua escribía:

“Los pobres voluntarios... tienen una paz imperturbable y una suma tranquilidad, mientras que los ricos están llenos de tempestades, y en cuanto a la seguridad y a la pureza de conciencia, **tienen una alegría continuada, como** un suave convite, sobre todo en cuanto que la misma pobreza les dispone a las **consolaciones de Dios**”.

Ignacio experimentó a lo largo de su vida que la pobreza material le disponía para la pobreza interior, y que ésta le hacía más permeable a la presencia de Dios y a las necesidades de los hombres. También experimentó que el proceso de transformación de las propias pulsiones va acompañado de un duro combate espiritual (manifestado en intensas y diversas consolaciones y desolaciones), pero que el resultado final es una sólida plenitud interior, que libera para la contemplación de Dios en todas las cosas y para entregarse a los demás. Al final de su *Autobiografía*, (99) confesaba su facilidad creciente “de encontrar a Dios, y ahora más que en toda su vida: siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba”. Este “gusto” espiritual acompaña al hombre desprendido de sí que lucha por la causa del Reino. San Ignacio sabe por experiencia lo necesaria que es esta “añadidura”, y así se lo comenta a Francisco de Borja:

“Conocemos en nosotros que sin ella todos nuestros pensamientos, palabras y obras van mezcladas, frías y turbadas, y así nos es necesaria para que vayan calientes, claras y justas para el mayor servicio de Dios” (20 de setiembre de 1548).

Esta **consolación**, esta transparencia continua de la presencia expansiva de Dios, es fuente de una gran libertad interior.

2. La libertad interior

Ignacio tiene dos palabras para describir los matices de esta libertad: *indiferencia* y *disponibilidad*. La primera no tiene nada que ver con el significado *ordinario de esta palabra*: No es *insensibilidad*, sino plena libertad para actuar en la transformación de las personas y del mundo sin temor a la propia muerte. Lo que atenaza la vida del hombre es el **temor**. El afán de posesión tanto de las personas como de las cosas no es más que ese temor volcado hacia fuera.

Dirigido hacia dentro de uno mismo, paraliza y bloquea.

Indiferencia es **insensibilidad** para no dejarse atraer por la falsa imagen que fomenta el mundo, y así dispone para **una máxima sensibilidad** por los últimos, por aquellos cuya *imagen y semejanza con Dios* ha quedado sepultada por las estructuras de dominación del mundo.

La segunda palabra es *disponibilidad*, es decir, agilidad para descubrir en las distintas situaciones el lugar que elegiría Jesús, y actuar como El:

“¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis *Maestro y Señor*, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros” (*Jn 13,12-14*).

En esta libertad para el abajamiento es donde esta actuando la *disponibilidad*, y en esta humildad de reconocerse a la vez servidor y *señor* es donde se hace presente la *indiferencia*. *Sólo* el hombre que ha tocado fondo puede emprender el camino de la transformación del mundo, liberado de toda voluntad de poder. Transformadas las energías interiores, ahora hace falta saber dónde y cómo utilizarlas. De aquí la necesidad del tercer rasgo:

3. *La lucidez*

La mirada de Ignacio es doble: hacia el mundo interior y hacia el mundo exterior, porque lo que está en juego es la integridad, la totalidad del ser humano, “el hombre y su circunstancia”.

Ignacio hace caer en la cuenta de la íntima implicación que existe entre el propio conocimiento interno y el conocimiento de la realidad exterior. En la medida en que el hombre es transformado interiormente, crece su capacidad de percepción. En otra carta dirigida a Francisco de Borja escribe:

“Estoy convencido de que cuanto más una persona esté versada y experimentada en la humildad y en la caridad, tanto más sentirá y conocerá hasta los pensamientos más menudos, y otras cosas sutiles que le impiden y le estorban, aunque parezcan casi de ninguna importancia”. (*Carta de finales de 1545*).

Esta mirada que otorga el Espíritu “el Espíritu que lo explora todo, incluso las profundidades de Dios” (*ICor 2,10*) se extiende por toda la realidad: cuando Ignacio propone en los *Ejercicios* pedir conocimiento profundo del *pecado* y del *desorden de las propias operaciones* (la gravitación del hombre hacia la apropiación de los centros de poder), añade una tercera petición de conocimiento profundo del *mundo* (los mecanismos que generan la injusticia y que nos absorben a todos hacia esos vértices de poder) (*Cfr. EE, 63*).

La contemplación de la Encarnación es otro de los momentos donde más se manifiesta el espíritu moderno de Ignacio, aquella misma mirada abierta y universal que veíamos en alguno de sus contemporáneos. Saltan los estrechos márgenes del hombre medieval, confinado al provincianismo tanto en el caso del señor como del vasallo- de los pequeños feudos, para asomarse a la amplitud de un planeta que se acaba de descubrir inmensamente esférico:

“Ver y considerar las Tres Personas Divinas cómo miran toda la superficie y redondez de la tierra, y todas las gentes, en tanta ceguedad...Ver las personas de la superficie de la tierra, en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo” (*EE, 106*).

El que se ha despojado de todo para ir a ocupar el último lugar tiene la mirada libre para *ver*: para verse a sí mismo y para mirar el mundo, la compleja relación entre los hombres. Liberado de la viga de su propio ojo, puede disponerse a sacar la paja del ojo ajeno, que de cerca, resulta ser también una viga con la que oprime a los demás.

El hombre despojado que se ha entregado a la causa del Reino,

“se libra de aquella servidumbre común a tantos grandes del mundo, en el cual todas las cosas obedecen o sirven al dinero, y el alma, vacía del amor de las cosas terrenas, se llena de

Dios y de sus dones” (*a los estudiantes de Padua*).

En cambio, los que han sido absorbidos por la espiral del poder, se hallan atrapados “entre redes y cadenas” (EE, 142).

Esto es de una importancia radical: la mistagogía de Ignacio apunta a la transformación del mundo (él era un indiscutible hombre de acción), pero al mismo tiempo, a la transformación y lucidez interiores, como condiciones indispensables para que aquella acción sobre los demás y sobre el mundo sea de Dios y conduzca hacia Dios.

Claridad que es complementada al compartir la vida con los pobres. No porque sean mejores, o porque sean mas inteligentes: simplemente porque tienen libre la mirada de accesorios. No hay lugar para la falsedad: la Verdad está recortada por el filo implacable de la supervivencia.

4. ALGUNAS CONSIDERACIONES PARA HOY

1. LA COMPLEMENTARIEDAD DE LOS DOS POLOS

Hemos visto cómo el Ignacio peregrino, en la última etapa de su vida, había iniciado un ascenso sociológico, mientras que *por dentro* continuaba con su incansable abajamiento. Sostenerse en esta paradoja fue la aportación y el carisma fundamental del segundo Ignacio, del Ignacio fundador. Cuando la Compañía -tanto considerada en su conjunto como en cada uno de sus miembros- abandona uno de estos dos polos, pierde su especificidad.

La enseñanza del Ignacio mistagogo es que para actuar en la transformación del mundo hay que vivir en una constante dialéctica:

- Por un lado, para que la transformación de las estructuras sea eficaz, hay que ir en busca de sus puntos neurálgicos,
- pero, para no contagiarse de aquello mismo que se quiere erradicar,
- hay que mantenerse continuamente *abajo*,
- es decir, compartir lo máximo posible la mirada de los últimos.

Esta intuición causaría problemas a Ignacio. El cardenal Carafa, cofundador de los Teatinos y futuro papa (Paulo IV, 1555-1559), se resintió de que Ignacio le diera algunos consejos de cómo debía llevar la orden. Entre otras cosas, parece que le dijo que, aunque Carafa fuera cardenal, no por ello debía vivir mejor que el último de sus compañeros de congregación.

Aquí está una de las grandes tentaciones de la Iglesia y de todo partido político o institución que entra en las estructuras de poder: **Olvidar el dolor de los últimos de los que se ha erigido como voz.**

Y para no olvidarlo, hay que estar junto a ellos, compartiendo con ellos el sufrimiento y la libertad de opinión que da vivir en los *arrabales de la pirámide*.

Cuando un grupo lucha contra la injusticia perdiendo el contacto directo con aquellos que la padecen, su causa esta condenada a convertirse en una justificación de su *propia voluntad de poder*.

Por ello son tan peligrosas las situaciones de *Cristiandad*, cualquiera que sea el momento en que hayan existido² En nombre del Evangelio no se puede imponer ningún ejercicio del poder porque el Centro, por definición, no puede recoger la perspectiva de la Periferia. El único poder que consagra el Evangelio es el **servicio**, que es un “sistema político” que se “impone” ofreciéndose en sentido contrario: de *abajo* a *arriba*.

2. VOLUNTAD DE TRANSFORMACION

Pero la mistagogía ignaciana de la justicia tampoco se detiene en la pasividad. El abajamiento sociológico -e interior- es un paso indispensable, pero no el último.

Junto a esta la *presencia* al lado de los desplazados, junto a esta *compasión* (padecer-con), aparece aquella *voluntad de transformación* que también veíamos en los contemporáneos de San Ignacio (Tomás Moro, Erasmo, Luis Vives, Bartolomé de las Casas...).

Esta es la distinción fundamental de la espiritualidad ignaciana respecto de la franciscana o de la de Charles de Foucauld. Para éstos, el seguimiento de Jesús se sumerge en el total

² Las Reducciones del Paraguay (durante los siglos XVII y XVIII) parece que fueron una honrosa excepción, pero hay que tener en cuenta que surgieron en un marco muy determinado: se trataba de estructuras comunitarias donde *centro y periferia* no podían distanciarse.

abajamiento. La transformación del entorno viene sola, como un fruto maduro, alimentada por la savia silenciosa del *testimonio*. En Ignacio, en cambio, hemos escuchado la llamada del *Rey Eternal*: “Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos” (EE, 95), que resuena así en el inicio de las Constituciones de la Compañía:

“Todo aquel que quiera **militar** para Dios bajo el **estandarte de la cruz** en nuestra Compañía...” (Fórmula del Instituto, 3).

Bajo el estandarte de la Cruz: es decir, con la humildad y con los medios que no nos despeguen de los últimos, ni de Jesús, en cuyo *nombre y estilo* nos movemos, existimos y somos.

Pero *militando*, es decir, *conquistando*, dirigiéndose hacia los núcleos de poder para transformarlos en plataformas de servicio, en un movimiento de recapitulación de todo en Cristo, Aquí es cuando entramos en el momento de considerar explícitamente la incidencia en las estructuras: ya no se trata sólo de transformarse a sí mismo en los arrabales, sino de transformar esos focos de poder que provocan la existencia misma de los arrabales.

Pero si esto es así, si la voluntad de Ignacio de Loyola fue incidir en los puntos neurálgicos de su sociedad, si fundó una orden religiosa que poco a poco se fue colocando en los diferentes intersticios de la Historia, ¿cómo es que su nombre no figura en los manuales de la historia civil, como uno de los hombres clave de la sociedad moderna? En definitiva, ¿en qué consiste su aportación al desarrollo de la justicia social si la historia civil Y política no se lo reconoce?

a) **El carisma específico de la Compañía**

San Ignacio no podía tener la percepción política que tenemos hoy. Se desconocían los métodos de análisis social de que disponemos hoy, y todavía nadie había denunciado la sociedad como un entramado de estructuras de poder. Por tanto, era imposible que pudiera proponerse, como objetivo explícito, su transformación.

El se sitúa en otro ámbito que esta mas *acá y más allá* de ellas. Su incidencia en las estructuras sociales pasa a través de la incidencia en cada una de las personas que las ocupan.

Por ello, cuando define el fin de la Compañía, cita en primer lugar acciones que apuntan a la transformación interior: proclamación del Evangelio, dirección espiritual, dar Ejercicios Espirituales, catequizar a los niños y gente sencilla. Y a continuación enumera otras posibles dedicaciones:

“Pacificación de los desavenidos, el socorro de los presos en las cárceles y de los enfermos en los hospitales, y el ejercicio de las demás obras de misericordia” (Fórmula del Instituto. I).

Esta distinción de ambos tipos de dedicaciones significa:

- por un lado, que la misión específica de la Compañía consiste en transmitir esta *mistagogía* de la justicia, más que en llevar a cabo realizaciones concretas.
- Pero por otro, que sin un ejercicio concreto, comprometido por la justicia, aquella *mistagogía* no tiene cuerpo.

Es decir, para su mentalidad, la incidencia sobre las estructuras pasaba a través de la evangelización de las personas, por su transformación interior; y así, a cuantas personas más *altas* se llegara, mejor, porque mayor sería su efecto multiplicador. Pero, por otro lado, Ignacio insistía en que para que la palabra de evangelización fuera lucida, tenía que estar continuamente iluminada por la mirada de los últimos, por aquel anhelo de urgencia de los de *abajo*. De aquí que los jesuitas profesos hagan un voto especial de enseñar a los niños: para que tengan el hábito de acercarse a la pequeñez.

Cuando San Ignacio, siendo ya General, tenía que dar Ejercicios a personajes influyentes cardenales, obispos, embajadores , empezaba de un modo muy sencillo con ellos: les invitaba a que los hicieran sin su séquito de sirvientes y que ellos mismos se vistieran, preparan su comida y se limpiaran su habitación. De este modo, el despojo *exterior* preparaba para el despojo

interior, para el encuentro tú a Tú con el rostro de Jesús *pobre y humilde*. Ciertamente que quedaban transformados³ ellos y todos sus ámbitos de influencia.

Hoy, tras la aparición de las ciencias sociales otra de las grandes características de la modernidad- entendemos que aquella “voluntad de conquistar todo el mundo” también pasa por la incidencia directa sobre las estructuras: el ejercicio de la Justicia incluye los ámbitos de la transformación personal y de la presencia asistencial, e incide en el mismo mecanismo social, allí donde se gestan las estructuras políticas y económicas. La toma de conciencia de este nuevo horizonte es lo que constituye la novedad de la Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús (1975):

“Nuestro mundo, caracterizado por una interdependencia creciente, está dividido por la injusticia **-injusticia no solo de las personas, sino encarnada también en las instituciones y las estructuras socioeconómicas**, que dominan la vida de las naciones y de la comunidad internacional” (*Decreto 4, ó*).

Es la misma mistagogía de Ignacio la que nos lleva a descubrir este “horizonte estructural”, y a desplegar todos los medios para que éste también se transforme. Es aquella mirada lucida del hombre liberado la que le hace descubrir que todos los problemas actuales “son personales y espirituales, tanto como sociales y técnicos” (*Decreto 4, 21*).

La espiritualidad de Ignacio recoge al hombre integral, y siguiendo la pista, llega a descubrir y querer incidir en la integridad de sus circunstancias.

Todo ello aun nos abocaría a un tema tampoco tratado explícitamente por él.

b) Como reaccionar ante el conflicto

Cuando se pasa de la transformación personal a la incidencia en las estructuras del mundo, surge un aspecto nuevo: el conflicto con aquellos que no quieren dejarse transformar, y que no permiten que las estructuras se toquen.

Cuando se topa con la voluntad expresa de mantener una situación de dominación, cuando la voluntad de transformación de unos choca contra la voluntad de conservación de otros, ¿cómo se resuelve el conflicto? ¿No será insuficiente acaso la apelación a la conciencia de cada cual, si mientras tanto las estructuras de poder están causando estragos?

Aquel “bien más universal” (*Constituciones, 622*), ¿no pasa en algunas ocasiones por el enfrentamiento contra los que se oponen a él? ¿Y cómo compaginar esta necesidad de *violentar* voluntades y realidades exteriores de otros con aquella pequeñez del propio abajamiento?

Estamos en un terreno difícil. Ignacio nos da una pista a partir del “presupuesto” de los Ejercicios: *tratar de salvar siempre la proposición del prójimo* (*EE, 22*), a semejanza de la lucha de la lucha de la no-violencia, que consiste en trastocar la “lógica” del contrario, en destruir su dominación pero sin destruirle a él. Se trata de una actitud interior de profundo respeto por la realidad del otro, aunque esté en la más dura ofuscación. En cualquier caso, el recurso a la violencia -sea del tipo que sea- debe estar empapado por esa mirada profunda que descubre el *misterio* del “otro”:

“Y si mal lo entiende, *corrijale con amor*, y si no basta, busque *todos los medios convenientes*, para que, corrigiéndose, *se salve*” (*EE, 22*).

Porque una justicia sin amor es sólo *venganza*, y un amor que no busca la justicia, es *cobardía*.

³ Uno se atreve a pensar que si los Ejercicios Espirituales que se practican fueran más radicales (en cuanto al despojo de las comodidades exteriores), tal vez calarían más hondo.

5. RECAPITULANDO

Hemos presentado a Ignacio como un mistagogo y no como un profeta de la justicia. Y esto se debe a que lo más original y específico de su aportación no sean sus denuncias concretas sino ofrecer un *método* (que en griego significa *camino*) que unifica la experiencia de Dios con la transformación interior y la incidencia en el mundo.

En las diferentes épocas de la historia la Iglesia ha estado llamada a integrar diferentes tensiones. Los signos de los tiempos nos presentan hoy el binomio *Fe y Justicia*.

La mistagogía de San Ignacio de Loyola se desarrolla en la circularidad entre ambos términos, mostrando cómo se necesitan y engrandecen mutuamente: la fe le muestra a la justicia su lugar inalcanzable: la insondable bondad de Dios manifestada en Jesús; y la justicia le muestra a la fe su camino de despojo hacia el Último Lugar, aquel ocupado por Jesús en la Cruz, abrazando a toda la humanidad para conducirla al corazón del Padre.

Ahora ya estamos en más condiciones para entender porqué hablábamos al principio de todo de la Justicia como *Misterio*: porque a medida que nos vamos sumergiendo en la fe, en el seguimiento de Jesús, se van abriendo nuevos espacios de justicia, hasta llegar a la plenitud del Amor de Dios. Y es *misterio* porque no es ninguna *evidencia* para el hombre que, para abarcar la Totalidad, se deba pasar por semejante abajamiento. También a Jesús le costó y fue tentado (Lc 4,1-13). Es el Señor mismo quien nos muestra el camino para *ajustar las relaciones* entre los hombres. Ignacio no hace más que ponernos junto a El, como él se lo pedía a María: “Señora, ponedme con vuestro Hijo”: “Madre, ponnos con la manera de proceder de tu Hijo”.

Hemos ido viendo cómo el *seguimiento de Jesús pobre y humilde* le había conducido al descendimiento sociológico y al empuqueñecimiento interior.

De esta forma, San Ignacio aprendió que el inicio de la Justicia emergía de dos profundidades:

- *La de fuera*, en los infiernos de la sociedad, compartiendo la condición de los últimos, para dejarse convertir por su visión del mundo (“Son los pobres los que nos evangelizan”). Por ello, para él la pobreza, antes que ser una maldición, era una *madre*: es decir, la matriz donde se gesta la continua transformación del hombre.

- Y la profundidad *de dentro*: el misterio del corazón del hombre, al que sólo tiene realmente acceso Jesús: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados por el trabajo, que yo os daré descanso. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy *manso y humilde* de corazón, y así hallaréis descanso en vosotros. Porque mi yugo es llevadero y mi carga es ligera” (*Mt 11,28-29*).

La conciencia de la injusticia del mundo es un yugo y una *carga* que pesa sobre el hombre honesto. En esta profundidad del corazón herido es donde se gesta aquella *voluntad de transformación*, que Ignacio concebía como *participación* en el movimiento de recapitulación de todo en Cristo. Hoy, quinientos años más tarde, el horizonte se ha ampliado.

Somos hijos de nuestro tiempo: tras la Revolución Francesa la primera incidencia sería en las estructuras-, vinieron los tres maestros de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud), que se atrevieron a cuestionar lo que hasta entonces había sido intocable. Sus aportaciones, junto con el desarrollo de las ciencias sociales, nos ensanchan los horizontes de aquella *lucidez*. Es ahora cuando podemos recuperar los datos de la sociología, de la politología y de la economía, porque aunque éstos silencien a Ignacio,⁴ Ignacio no los silencia a ellos, sino todo lo contrario, los necesita para llegar al acabamiento de su recorrido.

Al mismo tiempo, la mistagogía ignaciana de la justicia nos descubre que la fuente última de

⁴ Ver cap. 1.

nuestra lucidez y de nuestra libertad para actuar consiste en participar de la mirada y la vida de Jesús. De aquí la necesidad de poner todos los medios para ser habitados por la presencia continua de Dios. Sólo así podemos despojarnos de nuestra propia voz para dar paso a aquéllas y Aquélla que nuestro mundo no quiere y no puede escuchar.

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
espinal@redestb.es; <http://www.fespinal.com>